

PQ 7297

.S2

D4

V.2

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta y Litografía de Henrich y C.<sup>a</sup> — Barcelona, Calle de Córcega.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
1625 MONTERREY, MEXICO



## EL GOLPE DE ESTADO

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Una sesión del Constituyente

**E**NTRAMOS al café del *Progreso*, y un criado italiano, meloso, risueño y comunicativo, con el bigote engomado y la servilleta al hombro, nos preguntó:  
— ¿Qué va á ser?

— Para mí, contesté, *Amor de ángel con Profundidad de infierno*; para el señor, *Celos de clérigo con golpes y toques de Satanás en acecho*.

— ¿Qué dices, muchacho? me preguntó alarmado el padre Huerta. ¿Esto es una nevería ó es la zahurda de Plutón?

— Nevería es y muy honrada; pero el dueño ha tenido la más graciosa idea del mundo poniendo á sus helados esos títulos espantosos.

EL GOLPE DE ESTADO UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

2  
000582



—Pues, de todos modos, despacha, que si no, no logramos entrar á la Cámara de diputados; y ya sabes que



hoy se discute en lo general el proyecto de Constitución, y que el demagogo Ramírez, el pirrónico descarado, como se llama él mismo, ha anunciado uno de sus tremendos discursos.

—No hay para qué andar con prisas; siempre habrá lugar para un capitán ayudante del Exemo. señor Presi-

dente, contesté con suficiencia y presunción. Créamelo, padre, agregué con sorna, aunque me acompañe de un curácuaro, de un ensotonado, de un ave negra, sobraré quien me abra paso.

—¿Pero quién te ha enseñado esas atrocidades, muchacho de mis culpas? me dijo alarmado Huerta. Si tu padre te oyera, se caía muerto de la pena; él, que como todos los *polares* de su tiempo, tenía como máxima aquello de

Si ser felices queréis,  
Mis muy amados paisanos,  
Patria y virtud no olvidéis;  
Sed liberales cristianos.

—Pues diría que esas cosas eran fruto de las predicaciones del acreditado jacobino Fray Antonio Huerta, quien me enseñó esos y otros primores.

—Pues sabe que, jacobino y todo, como me llamas, soy y seguiré siendo siempre católico, apostólico romano. Dios no quiera que por seguir esta ó la otra teoría políticas, abandone las santísimas creencias que me imbuyeron mis padres y en que me confirma el hábito que llevo. Católico y liberal soy, y católico y liberal moriré. ¿Por qué no me ha de tocar algún día oír en nuestras iglesias, mezcladas á las armonías divinas de los himnos reli-



giosos, las otras armonías que celebran la conquista de la santa libertad?

Me reí tomando por exceso de inocencia el modo de discurrir de Huerta, y le contesté en broma; pero á poco, ya dentro de la Cámara de diputados, tuve que guardar silencio.

La galería estaba llena de gentes, que no se fijaron en nuestra presencia; inclinadas en el antepecho de las balaustradas, devoraban el salón iluminado, en que se veían muchos vestidos negros, muchas calvas relucientes, muchas melenas alborotadas y muchas manos que movían papeles, hojeaban libros y se hacían señas.

La presidencia la ocupaba Farías, el patriarca de la libertad mexicana, el viejo adalid de nuestras luchas por el progreso. Era pálido, pálido, casi marfilino, de dulces ojos, de mirada tierna, con aspecto de sufrimiento y resignación.

El padre Huerta estaba que no se le cocía el pan.

— ¿Quién es, me decía, ese chiquitín, nervioso, move-dizo, de vocecita suave y amanerada, que acaba de pedir la palabra para una aclaración?

— Es Guzmán, el orador famoso.

— ¿Y aquel torpe, encogido, arrancherado, de buen rostro, que mira desconfiado á todas partes como palurdo que por primera vez visita la corte?

— Ese es Fuente, el coahuilense, orador á la inglesa,

calmoso, de voz gutural, enemigo de retóricas, pero lleno de ciencia política, de habilidad en los negocios, de conocimiento de los hombres y las cosas. Ha sido el gran adversario de Vidaurri, el visir de Monterrey, y lo ha atacado con una destreza y un talento asombrosos.

— ¿Y el de mirada dura, barba de barboquejo y aspecto de clérigo evangélico?

— Es Mata, uno de los adalides de la Comisión de Constitución, gran lógico, razonador de fama y teórico de veras.

Llegaban á nuestros oídos risas ahogadas: un orador del género gracioso decía que no alcanzaba á comprender una república con frailes y monjas, con pasaportes y cartas de seguridad, con fueros, privilegios, estancos, sistema prohibitivo...

A ratos pedía el poder municipal; á ratos la uniformidad de legislación civil, penal y comercial en toda la República; á ratos el establecimiento ó la abolición del jurado.

— ¡Ah, sí! dijo el padre; Mata, el veracruzano. El que si como médico mata...

— Como orador asesina, interrumpí yo.

— ¿Y el alto, barbudo, de buen porte, de mirada franca, bien peinado é irreprochable de traje?

— Don Ponciano Arriaga, el presidente de la Comisión de Constitución. Habla tarde y difícilmente cuando el



asunto no le interesa; pero en cuanto entra en calor, su voz adquiere inflexiones y matices de que cualquiera pensaría estaba muy distante; se excita, se anima, acciona, vibra, en fin, como un instrumento exquisito.

De repente se estableció el silencio; subía á la tribuna un individuo bajito de cuerpo, de tinte ictérico, de mirada inteligente.

No necesitó el padre preguntarme su nombre, pues de todas partes se oyó:

— Va á hablar el *Nigromante*.

— Es Ignacio Ramírez.

— Es el enemigo de los frailes.

— Es el ateo. Su fama empezó con el discurso en que sostuvo que Dios no existía y que sólo movían la creación fuerzas naturales.

— ¡Bandido! decía un espectador de sombrero ancho enseñándole los puños.

— ¡Fuera el impío! clamaba otro, por las señas personaje del depósito.

— ¡Viva el indio Ramírez! gritaba uno poniéndose las manos en la boca á modo de bocina.

— ¡Viva el gregoriano! voceaba un chico estudiante al parecer.

El hombre parecía no oír nada.

Se encaminó con paso firme á la tribuna, se apoyó en la barandilla, dijo: *Señores*, y empezó por atacar, no los

artículos del proyecto á discusión, sino las palabras iniciales: «En el nombre de Dios y con la autoridad del pueblo mexicano... los representantes de los diferentes Estados que componen la República de México... cumplen con su alto encargo...»

Empezó con seriedad, reposadamente; pero á poco y sin querer, el razonamiento se le escapaba y se convertía en epigrama sutil, en dardo envenenado, en maza que hería, en boca que se burlaba, en diente que mordía y destrozaba.

«Yo bien sé, decía, qué hay de ficticio, de simbólico y de poético en las legislaciones conocidas; nada ha faltado á algunas para alejarse de la realidad, ni aun el metro; pero juzgo que es más peligroso que ridículo suponernos intérpretes de la divinidad, y parodiar sin careta á Aca-mapich, á Mahoma, á Moisés, á las Sibilas...

»Señores, por mi parte lo declaro, yo no he venido á este lugar preparado por éxtasis ni por revelaciones; la única misión que desempeño, no como místico, sino como profano, está en mi credencial; vosotros la habéis visto; ella no ha sido escrita, como las tablas de la ley, sobre las cumbres del Sinaí, entre relámpagos y truenos. Es muy respetable el encargo de formar una Constitución, para que yo comience mintiendo...»

Nadie se reía, nadie aprobaba, nadie aplaudía; no había sino un inmenso asombro de oír en aquella sala



voces que no se habían escuchado nunca, y que se creían signo de los tiempos.

Luego habló de la suerte de los jornaleros. «El jornalero es esclavo, gritaba.



D. IGNACIO RAMÍREZ

Acordamos con entusiasmo un privilegio á quien introduce una raza de caballos ó inventa un arma mortífera; formemos una Constitución que se funde en el privilegio de los menesterosos, de los ignorantes, de los débiles, para que de este modo mejoremos nuestra raza y para que el poder público no sea más que una beneficencia organizada...»

Tronó contra el salario, contra la tiranía del capital, defendió el derecho

al trabajo, y concluyó entre aplausos de los mismos que lo habían vejado é insultado.

Tras un diputado que no recuerdo, se puso en pie Arriaga. Contestó lo mismo á los que pedían siguiera rigiendo la Constitución de 24 que á los que pedían reformas extraordinarias.

Defendió la invocación del nombre de Dios con brío y con calor. «Si en todas las acciones humanas se tuvieran presentes los beneficios y mandatos del supremo Hacedor de las sociedades, habría menos errores y menos desaciertos en este mundo. La República no invoca el nombre de Dios para profanarlo con la opresión, ni con la servidumbre, sino para consolidar su libertad. El verdadero derecho divino, concluyó, lo constituyen la libertad y la democracia.»

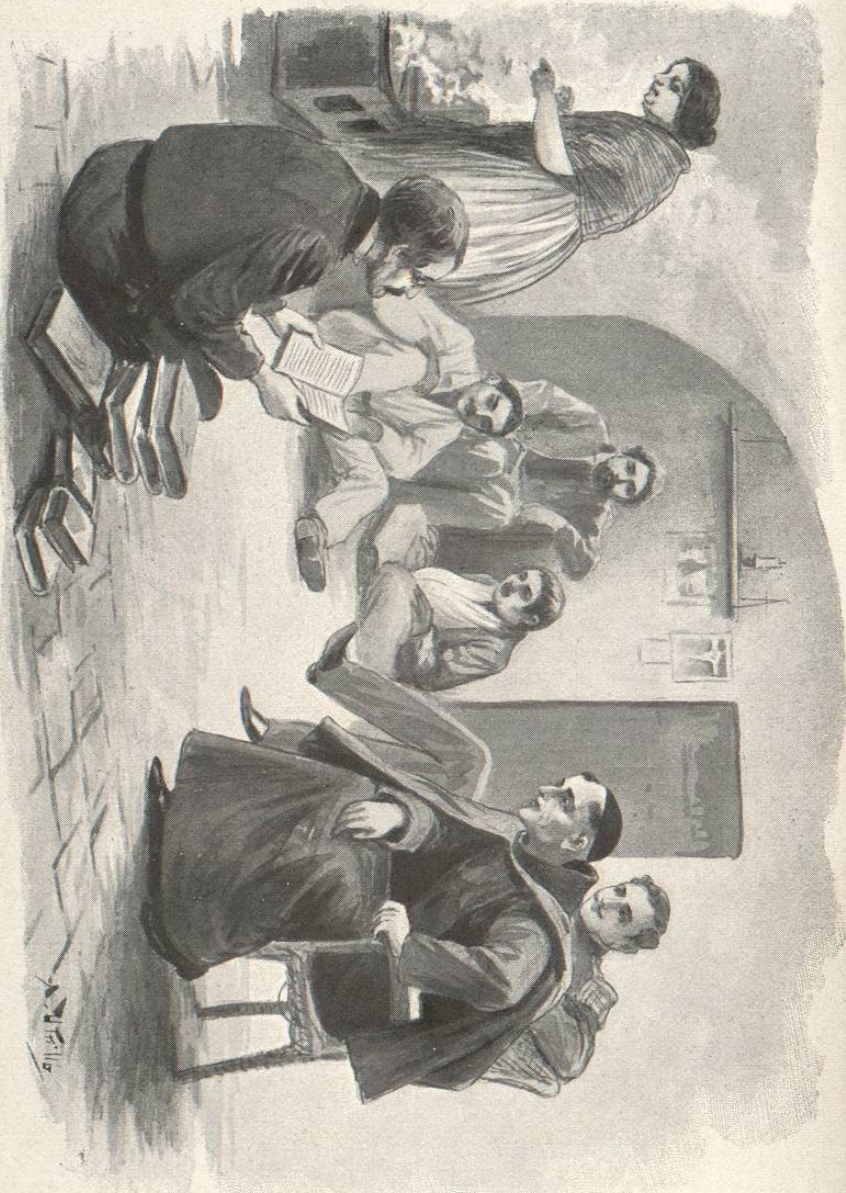
Era ya de noche cuando salimos de la sesión, haciendo comentarios y disputando arduamente.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez



El cuarto era chiquito, pero albeando de limpieza...



## CAPÍTULO II

### La sabiduría de mis tiempos

**E**L cuarto era chiquito, pero albeando de limpieza; obscuro, pero adornado con primor; pobre, pero visitado como ermita de santo milagroso. Se había sacado todo el partido posible del hueco de la escalera vieja y escueta de una casa del Portal de Santo Domingo.

El cartel, de estrambótica caligrafía, en que figuraban las letras muñecos patizambos, despernados, de brazos enormes y cabellos crespos, decía:

*«Se escribe y enseña á escribir toda clase de letras con anbas manos; hortográfica ilógicamente, y lo que es más concetido común. Sedán legciones á domisilio; por el profezor que lo es, FRANCISCO GONZÁLEZ GORDOA.»*